

Manuel Pícar y Morales. Un polifacético modernista canario. Juan Francisco SANTANA DOMÍNGUEZ, 188 pp., Mercurio Editorial, 2019.

La lectura de este libro me ha dado la oportunidad de conocer algo más sobre dos personas que voy a denominar poliédricas. Por una parte, sobre el autor, Juan Francisco Santana Domínguez, y, por otra, sobre el biografiado, Manuel Pícar y Morales. El primero, porque a su formación como doctor en Historia, de la que ha dado cuenta publicando distintos monográficos históricos sobre el antiguo municipio grancanario de San Lorenzo, se suman las de escritor, biógrafo, coleccionista y poeta. Y yo diría que ha sido precisamente esa mirada tan interdisciplinar la que le ha permitido acercarnos a Manuel Pícar, otro intelectual, cuya vida se muestra también forjada por múltiples facetas: militar, coleccionista, escritor, poeta, pintor, escultor, dibujante, protector del patrimonio, cronista...

El resultado de este común interés por la cultura no podría ser otro, al contrario de lo que *a priori* podría pensarse, que un libro que supera el género biográfico, conduciendo al lector a través de un periodo histórico amplio, más de ocho décadas, que transcurre entre 1855, año de su nacimiento en La Laguna (Tenerife), y 1930, cuando fallece en Tafira, Las Palmas de Gran Canaria. Así, la trayectoria de su vida, hábilmente contextualizada, deriva en un viaje a través del tiempo, con múltiples escalas en la historia sociocultural de España. Lo hace, salvando localismos, entre otras razones, porque la profesión militar del protagonista le lleva a residir, o a pasar temporadas, en diferentes localidades canarias y peninsulares, sin olvidar su presencia en Filipinas durante los últimos años de la España colonial. Un deambular que, en ocasiones, fue alentado por su propia afición al viaje como aprendizaje, visitando distintas ciudades europeas, africanas y asiáticas. Si a esto

unimos el hecho de que algunos de sus artículos vieron la luz en Londres, podemos deducir que tanto la pluralidad de intereses de Pícar como la profusión de sus cambios domiciliarios no deben haber facilitado la labor investigadora del autor, antes al contrario, la consulta de fuentes ha debido suponer un serio escollo que, a juzgar por el resultado de la investigación, Juan Francisco Santana ha superado con un esfuerzo ímprobo e indudable éxito.

Ante tal dispersión, tampoco debió ser fácil organizar los resultados. Por ello, uno de los aciertos del libro, a mi modo de ver, es la estructura que ha seguido para descubrirnos al personaje, una vez que superamos el brillante prólogo escrito por el Dr. Manuel Lobo Cabrera, catedrático de Historia de la Universidad de Las Palmas, y la preceptiva introducción, en la que el autor declara sentirse, con razón, un gran privilegiado por haber sido la primera persona que ha indagado en profundidad en la vida y obra de Pícar, dado que hasta ahora las menciones sobre el mismo resultaban dispersas y fragmentarias.

Por tal razón, el primer capítulo recomponese ese puzzle historiográfico, con referencias a otros autores que Santana enlaza con datos estrechamente vinculados a la biografía del protagonista. Se retrotrae incluso al origen de su primer apellido, atribuido al francés Pierre Picard, uno de los acompañantes del conquistador Juan de Béthencourt que, en 1501, aparece mencionado en el repartimiento de datas de Taganana, Tenerife. Situados los ascendientes en esta isla, el libro pasa a descubrirnos el ambiente, sus amigos de juventud en la ciudad natal, su formación como perito agrícola y tasador de tierras, o su matrimonio con María de los Remedios del Río y Falcón (1883), en Gran Canaria, a donde se había trasladado por su profesión castrense. Es también, en estas primeras páginas, donde empezamos a conocer su talante viajero, una afición que le permite transitar por contextos culturales bien





distintos y asistir a múltiples eventos literarios y musicales que asume con avidez y que siempre anidarán en su recuerdo. Pero quizá lo que me llama más la atención de este apartado es la sinceridad con la que el autor nos habla del carácter del biografiado. Pese al cariño que siente por él, tal como se desprende desde que uno empieza a leer el libro, reconoce, en distintas ocasiones, que no siempre fue el que cabría esperar en determinados círculos. Traigo a colación este hecho porque es una clara muestra de su neutralidad y nos garantiza que ha sabido mantener la distancia para plantear el texto de una forma aséptica, sin apasionamientos que disfracen la realidad.

El segundo capítulo nos introduce ya en el escritor, al que define como «original, reivindicativo, agresivo, comprometido, crítico, caprichoso, en ocasiones, y, en general, algo barroco» (p. 43). No le falta de nuevo razón, al obsequiarle con unos calificativos un tanto críticos, pero en este caso, el sentido es bien distinto al anterior, ya que en realidad lo que trata de decir es simplemente que se ajusta a un lenguaje modernista, lleno de arabescos, propio del contexto literario en el que se desenvolvió. Por otra parte, la relación de escritos debida a su pluma, abarca géneros diferentes, lo que ratifica la pluralidad de sus escritos de viajes, *Cosmorama y amor*; relatos y guía descriptiva de Teror, localidad de la que fue cronista, *Monografía y excursiones por el cronista de la Villa de Teror*; recopilaciones de canciones de cuna, decires populares, coplas y aportaciones sobre aspectos del floclor canario que siempre defendió, *Ageneré*; o *Crónica sobre la exposición celebrada de las Salas Capitulares de la Catedral de La Laguna sobre piezas de orfebrería*, por citar algunos ejemplos. Entre sus libros resalta *Tratado descriptivo y noticias generales de filatelia*, una compilación y ampliación de los artículos que había publicado en el periódico *Las Noticias*, y *Tiempos mejores*, un irónico lamento sobre La Laguna...

El segundo capítulo, titulado «Las artes plásticas, pintura, escultura, dibujo y arquitectura», ha despertado mi atención como historiadora del arte, aunque estoy segura de que para cualquier persona interesada en la cultura, también resultará de interés. Sobre todo, contribuirá a ratificar la imagen polifacética de Pícar, incluso den-

tro de sus diversas aficiones, que en ocasiones parece convertir en auténticas profesiones. Aquí descubrimos los orígenes de una formación que surge en Andalucía, donde estudió con maestros significativos como Antonio Susillo Fernández, escultor sevillano, y José García y Ramos, quien le enseñó los rudimentos de la pintura y de quien hereda el gusto por el dibujo natural, rápido, fácil y fotográfico. En calidad de escultor, el Ayuntamiento de Sevilla le encargó un grupo representativo del campo de Tablada que escenificaba, en un primer plano, algunos trofeos vinculados a la cacería. En su isla natal, en la Exposición de la Sociedad Económica, la Sección de Bellas Artes y Ciencias, le concede, por un relieve, una de las cuatro medallas de plata con las que galardonaban a los más destacados. De su producción pictórica consta que mereció elogios y valoraciones positivas por parte de entendidos en la materia. Obras suyas quedaron en Cádiz y Málaga, mientras que en Canarias contamos con dos óleos de temática religiosa: San Vicente Ferrer y San Antonio de Padua, ambos custodiados en el Museo Tanit, en San Bartolomé de Lanzarote.

Por otra parte, la cantidad de dibujos que realizó para libros, revistas y periódicos es ingente, predominando los que abordan la arquitectura insular. Entre ellos cobran mayor relieve aquellos que el paso del tiempo ha convertido en valiosas referencias documentales. Con ellos intentó concienciar, precisamente, sobre el valor patrimonial de los inmuebles canarios y la necesidad de su conservación, una lucha que le ocasionó numerosos problemas con políticos y caciques. Es más, sus conocimientos sobre arquitectura no solo quedaron en teoría o dibujos, ya que consta que durante su estancia en Filipinas proyectó y dirigió la edificación de una iglesia lignaria en Luzón, un pueblo del interior.

Podría decirse que de forma paralela y, comprensiblemente, la atracción de Pícar por el arte da pie a su afición coleccionista –libros, antigüedades, sellos, monedas, arte, cartas...–, tema que Juan Francisco aborda en el siguiente capítulo. Fue pionero en el hábito de hacer acopio de sellos y otros objetos filatélicos, diseñando incluso un método científico para su catalogación, lo que le llevó a publicar, en 1884, un libro, *Tratado descriptivo y noticias generales de filatelia*, que



alcanzó trascendencia a nivel mundial; conocimiento que también difundió a través de periódicos y revistas. En 1889 se le tenía por uno de las grandes coleccionistas de arte de Tenerife. Su compilación era universal, producto de sus numerosos viajes, en los que fue adquiriendo piezas de gran valor gracias a que en aquellos años no todo el mundo estaba interesado en ese tipo de colecciones y, en consecuencia, el coste no era tan elevado como en la actualidad. No menos interesante fue su colección de antigüedades, aunque mayor interés despertó, a decir de periodistas, escritores e instituciones, la recopilación de medallas y monedas, algunas de estas últimas procedentes de colonias de la dominación romana, familias consulares y emperatrices de la España cristiana.

Lo sorprendente de la personalidad de Pícar es que esa sensibilidad cultural que cultivó, como hemos visto, en múltiples facetas no supuso nunca un conflicto de intereses en relación con su verdadera profesión, la castrense, de la que Santana nos habla en un quinto apartado. La comenzaba en 1875, en el Batallón de Cádiz, como alférez de milicias profesionales, pasando a intervenir en la Guerra Carlista y a sofocar insurrecciones republicanas. Dos años después, resultaba herido en San Sebastián, por la voladura de un polvorín, hecho por el que se le concede la Cruz Roja al Mérito Militar de 1.ª Clase y la medalla del rey Alfonso XII. Itineró con su compañía por distintas localidades españolas, incluidas Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas de Gran Canaria, para posteriormente integrar las tropas que defendieron las Filipinas españolas, desembarcando en el puerto de Manila el 14 de diciembre de 1895. Dos años después, tras ser agregado al Batallón de Cazadores n.º 14, cae enfermo y es embarcado para España, estableciéndose en Canarias tras un breve paso por Barcelona. En las islas se incorpora a la vida militar, recibiendo en 1911 el grado de capitán de infantería.

Tras este capítulo, en el que descubrimos de forma pormenorizada los cuerpos y situaciones en los que estuvo Pícar en el ejército, Santana nos presenta al articulista. Los escritos en la prensa y otras publicaciones reclamaron su atención a lo largo de toda su vida. Allí por donde pasaba vertía su opinión, intentando enriquecer a los medios

con los conocimientos que le proporcionaban un amplio abanico de afinidades. Otros fueron textos en los que concienciaba sobre la naturaleza, o nuestras costumbres, incidiendo en frases, giros y palabras del patrimonio lingüístico insular que se iban perdiendo con la llegada de los nuevos tiempos. Pese a ello, denostó siempre el regionalismo, abogando por la universalidad del conocimiento, lo cual no tiene, como demostró, que estar reñido con el amor a sus orígenes.

Los trabajos sobre Teror, municipio como se ha dicho del que fue cronista, ha merecido a juicio del autor un capítulo independiente. Es una forma de demostrar cuánto le aportó a su vida y cuánto se lo agradeció Pícar mediante pinturas, dibujos y escritos.

El libro se cierra con un apartado en el que se recoge, dada la gran cantidad de material que ha recopilado, el momento de su fallecimiento. No como hecho en sí mismo, sino por la ingente cantidad de reseñas que se pudieron leer en la prensa durante los días que siguieron a su óbito. Es una forma de corroborar lo que ya ha dicho en páginas anteriores, pero dejando que sean los coetáneos del homenajeado, aquellos que compartieron sus momentos vitales, quienes desglosen los rasgos más relevantes de su lado humano y vertiente intelectual.

En conclusión, se trata de un libro muy completo, que aporta mucha luz sobre un erudito canario muy poco conocido hasta ahora, pese al interés que ofrecen sus aportaciones. Precisamente, la diversificación temática de las mismas hace de este texto una herramienta fundamental para conocer la historia de varios aspectos. En tal sentido, les garantizo que es un texto útil para la historia de la literatura, del arte, del coleccionismo, la numismática... A todas estas disciplinas, superando el género biográfico, se adapta Juan Francisco Santana con dominio terminológico y rigor científico. Pese a ello resulta un texto muy ameno y de ágil escritura, que nos cautiva desde la primera página.

Ana María QUESADA ACOSTA

Departamento H.ª del Arte y Filosofía

Universidad de La Laguna

Correo electrónico aguesada@ull.es

DOI: <https://doi.org/10.25145/j.histcan.2020.202.20>